

# DON JOSÉ ANTONIO PORCÉL.

## NOTICIA BIOGRÁFICA.

Poco más que su nombre se sabía hasta ahora de este poeta, tan respetado en el siglo último. Escasas son todavía las noticias que de él tenemos; pero bastan para formar juicio acerca de su situación social y literaria (1). Nació en Granada DON JOSÉ ANTONIO PORCÉL Y SALABLANCA, por los años de 1720. Se consagró desde luego á la carrera de la Iglesia, y hubo de distinguirse en ella, pues no tardó en ser nombrado colegial del Sacro-Monte de Granada. Más adelante llegó á ser canónigo de la colegiata del Salvador de la misma ciudad, y pasado algun tiempo, de su metropolitana iglesia.

No conocemos todas las obras de este distinguido escritor. El difunto Marqués de Pidal poseía dos tomos manuscritos de ellas, que probablemente pertenecieron al mismo PORCÉL, pues contienen algunos apuntes autógrafos. Uno de estos tomos, señalado con el número IV, da motivo á presumir que se han perdido otros dos tomos cuando ménos. Nuestras exploraciones para encontrarlos han sido infructuosas. El primero de los tomos que conocemos contiene el poema *El Adónis*, en cuatro églogas venatorias, y unos apuntes encomiásticos de PORCÉL, escritos por don Antero Benito y Nuñez, discípulo y gran admirador del poeta granadino. El otro tomo, cabalmente el señalado con el número IV, contiene lo siguiente:

1.º Una oración pronunciada por el Conde de Torrepalma en la Academia del Buen Gusto, que celebraba sus juntas en casa de la Condesa de Lemos, Marquesa de Sarriá (1749 á 1751).

2.º Juicio lunático, ó crítica burlesca de las producciones literarias que se habían leído en dicha academia. Este juicio, escrito con notable donaire, en prosa fácil y elegante, da idea del clarísimo entendimiento y de la no vulgar instrucción de PORCÉL. Como fiscal de la academia, tenía que cumplir con la obligación, inherente al cargo, de juzgar las obras presentadas, y lo hizo en verdad de una manera ingeniosa, mezclando entre las agudezas, reflexiones de sazón crítica. No sólo censura con bastante libertad á sus compañeros de academia; también esgrime ásperamente las armas de la sátira contra su propio poema, dando en ello testimonio de discernimiento y abnegación.

3.º Oración gratulatoria á la Real Academia Española, el día 5 de Enero de 1752, en que fué recibido en ella por académico DON JOSÉ ANTONIO PORCÉL, canónigo de la iglesia colegial del Salvador de Granada, siendo director de la academia por su majestad, el excelentísimo señor don José de Carvajal y Lancaster, ministro de Estado, gobernador del Supremo Consejo de Indias, etc. (Esta oración equivalía entónces al discurso de recepción de nuestros días.)

4.º Carta del difunto Rey de Prusia, padre, á su hijo reinante, Federico II, desde los campos Eliseos (traducida del francés por DON JOSÉ ANTONIO PORCÉL).

5.º Algunos versos de PORCÉL (firmados).

Don Antero Benito y Nuñez afirma que el Obispo de Santa Fe de Bogotá había escrito la vida

(1) Casi todas estas noticias están tomadas de un códice adquirido, no mucho ántes de su fallecimiento, por el señor Marqués de Pidal, quien nos lo franqueó con su bondad acostumbrada.

del insigne poeta (1), y demuestra con sus palabras cuanto se lamentaban los eruditos, á mediados del siglo XVIII, de que no se diese á la estampa el *Adónis* de PORCÉL. «Su mérito, dice, ha colocado al autor entre los cinco únicos poetas de este siglo (2). Así lo caracteriza el sabio autor de los *Orígenes de la poesía española* (3). Muchas instancias han hecho los eruditos para publicar estas églogas, y á la verdad no es razón que la poesía española carezca de un primor que hasta ahora no le han dado sus más célebres escritores... Uno de los pocos que han logrado la fortuna de eer el poema, ha sido el ingeniosísimo Gerardo Lobo, que lo tenía ya dispuesto para la prensa, y á no haberle prevenido la muerte, no hubiera retardado respeto alguno su publicación... Estoy esperanzado que no ha de faltar quien nos dé este gusto.»

Frustrada quedó esta esperanza. La poesía artificial de PORCÉL no encontró, por lo visto, editores que se decidiesen á darla á luz. Ahora, no hay por qué ocultarlo, hemos titubeado en ofrecer al público un poema que, á pesar de estar escrito con viva fantasía, dista mucho de merecer el ser tenido por modelo en las letras de nuestros días. Consideraciones de historia literaria nos han movido al cabo á publicarlo íntegro en la presente colección.

DON JOSÉ ANTONIO PORCÉL tradujo algunas obras francesas; entre ellas, en verso castellano, *La Dama doctora*, de autor francés anónimo, escrita contra los jansenistas (4), y en verso suelto *El Facistol* (*Le Lutrin*), poema satírico de Boileau.

PORCÉL no sólo fué individuo insigne de las reales academias Española y de la Historia, sino que resplandeció por su saber y por su estro poético en dos de las academias particulares más señaladas de su tiempo: la *del Tripode* de Granada y la *del Buen Gusto*, establecida en Madrid, en casa de la Marquesa de Sarriá. En la primera tomó el nombre de *el Caballero de los Jabalies*; en la segunda, el de *el Aventurero*.

El citado don Antero Benito Nuñez escribió algunos versos en honra de su esclarecido maestro. Entre ellos el siguiente, en que celebra con escaso número las églogas venatorias de *El Adónis*:

¿Cuándo hablaron tan dulces los pastores?  
¿Cuándo las bellas ninfas así hablaron?  
¿Cuándo en conceptos tales se explicaron  
Las finezas, los celos, los amores?  
¿Cuándo de mitología los errores  
Con embelesos tales se escucharon?  
¿Cuándo, suspensos, de cantar dejaron  
Los parleros y dulces ruseñores?...  
Cuando una voz más viva, más sonora  
Dió á las selvas PORCÉL en su instrumento;  
Cuando la lira de PORCÉL canora  
Pobló de acentos mágicos el viento;  
Cuando su diestra musa encantadora  
Á la ninfa (5) prestó su dulce acento.

L. A. DE CUETO.

(1) «El señor Caballero, cuyo mérito le ha elevado á la mitra de Santa-Fe de Bogotá, que actualmente goza, tiene escrita la historia literaria de nuestro poeta.» (Nota escrita en uno de los tomos manuscritos, al parecer, despues de 1770.)

(2) No es fácil atinar ahora con estos cinco poetas. Atendido el gusto entónces dominante, tal vez no sea aventurado suponer que estos ingenios, que tan privilegiados se juzgaban en aquella edad, sean, además de PORCÉL, Gerardo Lobo, Luzán, Torrepalma, y Montiano y Luyando. ¿Quién sabe? acaso era uno de ellos

don José Villarroel, cuyas chocarrerías eran celebradas casi al igual de los chistes de Quevedo.

(3) Don Luis José Velazquez.

(4) Da esta noticia don Luis José Velazquez. No conocemos esta traducción, y no podemos determinar cuál sea el verdadero original francés. Tal vez *La Dame médecin*, comedia en cinco actos, de Montfleury, representada en París, en 1678.

(5) Alude á la ninfa *Anaxarte*, que refiere á *Prócris*, en el poema, la historia de *Adónis*.

JUICIO SATÍRICO QUE LEYÓ DON JOSÉ ANTONIO PORCÉL DE SU PROPIA OBRA,  
EL ADÓNIS, EN LA ACADEMIA DEL BUEN GUSTO.

(Finge el autor que Bartolomé Leonardo de Argensola pronuncia el juicio ante una academia fantástica de poetas difuntos, de la cual era presidente *Garcilaso*, secretario *Lope de Vega*, y portero *Rengifo*.)

«De *El Adónis*, poema en églogas venatorias, cuyo autor se llama aquí *el Caballero de los Jabalies*, conocido por este nombre en su academia del Trípede de Granada, y por el de *el Aventurero* en la del Buen Gusto, en Madrid, se me ha cometido la crítica; confieso que me lastimó sólo el título de *églogas venatorias*, porque hasta ahora no se ha dado este género de drama, ni se puede dar; pues, como él mismo confiesa en su prólogo con la autoridad de Scaligero, es incompatible con el sosiego para el canto la fatiga de un cazador; pero, llevado tal vez de la ambición de señalarse con la novedad, atropelló por la misma razón que conocía, y cargó la culpa á su academia, que así se lo mandaba; sin embargo, como las piscatorias no son ménos extrañas que las venatorias, y hubo un Sanazaro que emprendiese aquellas (aunque se disputa si con felicidad), concebí esperanzas de que nuestro *Aventurero* imitase á lo ménos en lo problemático del acierto, como en el arrojito, al Sanazaro Feadamenos. Dignamente se intituló *el Caballero de los Jabalies*, como don Quijote *el de los Leones*, para ser el Quijote de los poetas, pues en él hallamos el juicio desconcertado y la imaginación desarreglada que en aquel manchego puso el señor Cervantes.

«La obra es una quiscosa, un monstruo, un Proteo poético, que por cada aspecto tiene distinta figura, sin combinación y sin tino. Si la consideramos égloga, la hinchazón del estilo, las continuas metáforas y las transposiciones insufribles destruyen esta consideración. Es de admirar la satisfacción con que principia en las cuatro églogas la narración de la fábula de Adónis en boca de Anaxarte; siendo doctrina sentada que todo principio de poema ha de ser sencillo, y se ha de ir elevando progresivamente (y aún esta elevación progresiva de ningún modo se permite en la égloga, si ya no se introduce sujeto competente, como el *Sileno* de Virgilio), empieza la primera con una descripción de Chipre, pomposa y altisonante, para decir después que allí vivía Adónis y se entretenía en la caza. A la segunda da principio con otra descripción de las selvas del mismo Chipre, tan cansada como redundante. A la tercera, con la pintura del río Lico y sus riberas, tan impertinente como las demás. A la cuarta, finalmente, con la de la noche, que empieza, aunque afectada, más regular, pero después, queriendo imitar la célebre del gran poeta, se hace fastidioso y vulgar.

«Si se mira el poema como venatorio, de nada tiene ménos; toda la cacería se reduce á las ninfas sentadas junto á las redes, aguardando allí las batidas fieras; pero las de Chipre sin duda eran alimañas muy advertidas (serían zorras las más), y los sabuesos tan amigos del descanso, que se vuelven las redes sanas, los perros satisfechos de dormir, las fieras se quedan en pacífica posesión de sus grutas, y solamente las cazadoras fatigadas, más que del cuerpo, de la cabeza (en especial la Anaxarte), por haberse estado una tarde entera hablando del cuento de Adónis. Yo creo que con más justicia pudo el Guarini haber llamado á su *Pastor Fido* poema venatorio, por aquel Silvio que apenas deja los bosques, ni piensa en otra cosa que en su Melampo.

«Da á entender el autor que ha dado en las églogas un poema trágico, separado de las introducciones de las ninfas; esto es, sin el drama. ¡Este es mayor monstruo! ¿Cuántas cosas quiere que sea este parto, que no lo acabamos de fijar en especie alguna del mundo poético? Pero sea poema trágico, y ¿qué tal? Como las pinturas antiguas, sin movimiento. Lo preciso para que logre alguno juntarlo con el drama de las ninfas, y entonces resulta, ó que la fábula del Adónis entra por episodio, y episodio seis veces mayor que el argumento, ó que sean cuatro acciones. ¿Qué le parece á la Academia? Aun hay más: que toda la obra es una fábula milesia; porque, ¿qué instrucción resulta de todo su fárrago? Que *No hay amor en las selvas con ventura*; digna verdad, y utilísima, para dejar el vicio como se estaba, pero hermoso título para una comedia de las muchachas que hoy nos refieren que ocupan lastimosamente los teatros.»

Aquí llegaba el señor Argensola, cuando yo, atónito con lo que me estaba sucediendo, quería salirme, temeroso de que me dieran las bofetadas que á Cherilo, y me arrojasen de la sala con ignominia; pero el Ariosto, riéndose de mis sustos, «Sosiégate, me dijo, y escucha; que ya ten-

drás qué agradecerme.» Proseguía mi rígido fiscal, cuando el Presidente, notando que se dilataba, ó que censuraba poco benigno, le interrumpió, diciendo: «Basta, basta; que hay otras muchas obras que ver; diga ahora el que quisiere defender al impugnado.» Levantóse entonces Gerardo Lobo y dijo: «Yo hiciera por defenderlo; pero, como quiera que está presente, y que aunque, por ser mortal, no se le permite que hable aquí, no se le quita el que escuche, y no me atrevo al riesgo de no llenar su expectación, y más cuando creo que él está hecho cargo de todas esas objeciones, que no piensa indisolubles. — Pues suspéndase por ahora (dijo Garcilaso) el decidir del mérito de su obra.»

POESÍAS.

EL ADÓNIS,

EN CUATRO ÉGLOGAS VENATORIAS.

AL LECTOR BENÉVOLO.

Si estuviere cierto que este poema se había de quedar en las manos de los amigos entre quienes se ha escrito, ocioso fuera mi prólogo; porque á cada uno de ellos les sobra erudición para la poca que contiene esta obrilla, y hechos á favorecer mis producciones, perdonarán sin mi disculpa los yerros. Mas, como incidentalmente (aunque no lo vulgarice la prensa) puede desligarse á manos de quien no tenga en mi favor aquellos antecedentes, me parece oportuno preocupar su atención con algunas advertencias. Sea la primera decir la ocasión de esta obra.

El señor Conde de Torrepalma, en quien la más ilustre nobleza y la más culta erudición igualmente han competido una admirable concordia, instituyó en sus casas, á las riberas del Dauro (banda de cristal que se ciñe la amenísima ciudad de Granada, mi patria), una academia, donde congregados algunos jóvenes hábiles, llevaban en bellos poemas logrados los ocios que permitían las tareas de más serias facultades. Por haberse en su principio congregado sólo tres individuos, se llamó, y aún se llama, la *Academia del Trípede*, y para más chistoso sainete de la decente diversión, al estilo de las caballerías antiguas, las casas del señor Conde, donde nos congregábamos, se llamaron *el castillo de las Mutaciones*, y dejó cada académico su nombre por uno al estilo de los de aquellos caballeros andantes, por lo que á mí me dió la suerte el de *Caballero de la Floresta*, que, en atención á la presente obra, mudé por el de *los Jabalies*, bajo el cual soy autor de estas églogas.

Al principio de cada mes se celebraba la academia, presidida de su presidente, fiscal y secretario, los que, abriéndola con sus oraciones correspondientes, presentaba por su orden cada individuo su poema. Este se criticaba, quedando el autor elogiado en lo que merecía, y corregido en lo que di-

sonaba. Ventilábanse siempre puntos de no vulgar erudición, pues la variedad de materias que de los no comunes asuntos se deducía, abría la puerta al vasto país de todas facultades; de esta suerte se interesaba, no sólo el bello manejo y pureza del idioma (que era el principal y formal objeto), sino la habilitación para más altas especulaciones (1).

(1) A estas noticias relativas á la *Academia del Trípede*, de Granada, podemos añadir las siguientes, que han sido comunicadas al Colector por disposición de su ilustre y bondadoso amigo, el señor Duque de Gor (descendiente del Conde de Torrepalma), que conserva en su biblioteca de Granada algunas de las actas originales de aquella célebre academia.

A mediados del siglo anterior, por los años de 1740 á 1750, se celebraba en Granada una reunión literaria, llamada *Academia del Trípede*, á la que concurrían algunos poetas granadinos, y sostenía correspondencia con otros residentes en varias ciudades. Se reunía generalmente en juéves, ya en casa del Conde de Torrepalma, donde fué fundada, ya en la de don Rodrigo Velázquez de Carvajal ó en las de otros socios. Por algunas actas que se conservan manuscritas, puede formarse juicio de la organización de la academia y del método de sus tareas.

Había un presidente, un secretario y un fiscal, elegidos por los socios. Estos se reunían para elegir los asuntos ó temas de las composiciones que repartían entre los socios, los cuales debían leer las poesías en la sesión siguiente. El fiscal las recogía para hacer el juicio crítico de todas ellas, y después de censuradas, el secretario proclamaba el nombre del que había obtenido el premio de honor.

Los asuntos eran, ya serios, ya festivos, y solían señalar el número de versos ó de estrofas que había de tener cada composición.

Los socios tomaban seudónimos caballerescos, como los de *Caballero de la Verde Espada*, *Caballero de la Lengua Andanza*, *Caballero de la Cuita*, *Caballero de la Peña Devota*, *Caballero Acóñito*, etc.; lo cual hace que sea difícil de averiguar el verdadero nombre de cada uno por las firmas de sus composiciones; sin embargo, el fiscal, en sus calificaciones, los designaba algunas veces por su nombre verdadero.

Los temas ó asuntos de academia eran la mayor parte serios y de carácter heroico ó religioso, pero además se leían las demás poesías que llevaban los socios, y eran también censuradas por el fiscal, recibiendo otros premios, si lo merecían.

También eran leídas las composiciones de los correspondientes, á los que el secretario participaba la calificación que habían obtenido.

A esta Academia acudía la ciudad de Granada, para la composición de las loas, entremeses, autos y poesías que se acostumbraba leer en algunas fiestas religiosas y civiles.